

IDEAL
Domingo 25.03.18



RECUPERAR LAS PALABRAS TRAS UN ICTUS P6

PAUL ALLEN, FORTUNA PARA HALLAR PECIOS P10

GANAR EL PATIO

La hegemonía del fútbol en el recreo, que relega a las niñas a los rincones, es cada vez más discutida. Muchos colegios apuestan por los juegos diversos y compartidos



El patio de la escuela es un reflejo del mundo. Niños y niñas reproducen durante el juego los roles de género. Frente al sexismo, lo último es rediseñar el área de recreo



INÉS GALLASTEGUI



Balonazos. Si el recreo no se regula, los niños tienden a ocupar la mayor parte del espacio y las niñas quedan arrinconadas. Igual que en el mundo adulto.



Las educadoras Melani Penna y Yera Moreno se llevaron una sonora pitada la semana pasada al incluir en su decálogo para una escuela feminista en una revista educativa de Comisiones Obreras la propuesta de «prohibir el fútbol en los patios de recreo». En las redes sociales y en algunos medios las llamaron «radicales», «fascistas» y «feminazis». El sindicato se desvinculó rápidamente de su opinión. En España, meterse con el deporte rey es una jugada peligrosa. De roja directa. Sin embargo, la idea no es nueva. Cada vez más colegios e institutos están desterrando el balompié y lo sustituyen por otras prácticas lúdicas y deportivas menos violentas y más inclusivas. Y detrás hay algo más que una imposición revanchista contra un deporte mayoritariamente masculino: muchas horas de observación de estos lugares donde, durante 30 minutos y bajo la apariencia ruidosa y caótica del juego infantil, los niños y las niñas aprenden sin saberlo a jugar juntos o a pelearse, establecer relaciones jerárquicas o igualitarias, conquistar el espacio o conformarse con los márgenes. «El patio es un lugar educativo»,



Participación. Una niña ofrece sus ideas para mejorar el patio de una escuela en Cataluña. :: COEDUCACIÓ

reivindica Manuel García Guerra, director de un colegio cántabro en el que la mayoría de los chavales ya no quiere jugar al fútbol.

Algunos centros escolares decidieron pitar el final del último partido casi por azar. Hace cuatro años, durante unas obras, el patio del colegio Vilaverde-Mourete de Pontevedra quedó reducido a la mitad y la dirección prohibió el fútbol por falta de espacio. Para su sorpresa, el pequeño mundo del recreo se convirtió de un día para otro en un lugar más amable: «Los conflictos se redujeron, todo el alumnado usaba el patio por igual,

no había un grupo pequeño de niños, siempre los mismos, ocupando el 80% del espacio. La solución a un problema recurrente en las reuniones del claustro –la exclusión de las niñas y las quejas de los más pequeños, que no tenían sitio para jugar–, llegó sin planificarla», contaba desconcertado el portavoz a un diario gallego. El cambio fue tan positivo que, cuando se acabó la reforma, el fútbol no regresó. Probaron varios juegos alternativos. Ganó el brilé.

Las sociólogas feministas Marina Subirats y Amparo Tomé abordaron la cuestión de una manera

mucho más reflexiva, pero llegaron a idéntica conclusión. Pioneras de la coeducación, ya en los años ochenta investigaban sobre la transmisión de estereotipos sexistas en la escuela mixta, presente en montones de prácticas aparentemente inocentes, desde la atención que conceden los profesores a unos y a otras –«Por cada 100 palabras dichas a los niños, solo dirigen 74 a las niñas», reseña Subirats– hasta la escasez de referentes femeninos entre las figuras relevantes de la historia, la ciencia o la literatura. «Los niños no saben cómo es el mundo y creen que lo que ven es lo que debe ser», agrega. Y ven, por ejemplo, que la mayoría de sus docentes son mujeres, pero el ‘jefe’ es casi siempre un hombre.

La escuela androcéntrica

Tomé recuerda cómo desarrollaron su metodología de investigación-acción sobre el juego escolar. «Cuando poníamos de manifiesto el sexismo en la escuela, muchos profesores se echaban para atrás, porque era como ver en el espejo una imagen que no les gustaba. Entonces decidimos salir del aula y mirar los patios».

Y lo que vieron les impactó: el patio es una metáfora de nuestra sociedad, el paradigma de cómo

El sexismo en la escuela tiene muchas facetas. El patio de recreo es una de ellas

los hombres y las mujeres están en el mundo de maneras distintas. Sobre todo en los colegios urbanos, donde el recreo se desarrolla casi siempre en una reducida pista de cemento, los chicos y sus pelotas monopolizan todo el centro y las chicas quedan relegadas a la periferia. Sus juegos no tienen cabida y, si tratan de ganar terreno, corren el riesgo de recibir un empujón, un balonazo o un insulto.

Su conclusión fue clara –el patio escolar es sexista–, pero la reacción casi unánime del profesorado era escéptica: «Nooo, ¿qué dices?!». «El contexto escolar, más que machista, es androcéntrico –explica la que fuera directora del Instituto de la Mujer–. El machismo se ve; el androcentrismo, no». Muchas características que se atribuyen a la naturaleza de cada género son, en realidad, fruto de una educación que se empeña machaconamente en reproducir los roles



MELISA TUYA BLOGUERA

«No es la Champions. No son Cristiano Ronaldo. Es un juego»



Sin la intervención de los adultos, el recreo es la guerra. En el fútbol informal imperan reglas no escritas, como que el dueño del balón manda y al grito se le pone de portero, pero la norma suprema es la ley del más fuerte. Las niñas no son las únicas que tienen el partido perdido antes de empezar. Los críos de cursos inferiores, los chicos a los que no les gusta o no se les da bien el deporte hegemónico y los alumnos con discapacidad también son excluidos.

«Mí hijo es deportista, pero el autismo es una discapacidad social y no lleva bien los deportes de equipo, la coordinación necesaria para pasarse el balón, la comunicación rápida entre jugado-

res... Pero eso no significa que no quiera jugar», lamenta la escritora y bloguera Melisa Tuya. Hace poco publicaba en su blog Madre Reciente el mensaje de otra mamá a la que se le parte el corazón cada vez que su hijo autista de 9 años llega del cole llorando porque, en sus esfuerzos por in-

tegrarse, quiere jugar al fútbol pero no le dejan. Por malo.

A la hija de Melisa, que no tiene autismo y es muy atlética, le ha pasado algo parecido. «Cuando hace un par de años decidió probar el fútbol, ni siquiera le dieron la oportunidad de demostrar que jugaba mal; la ponían de

árbitro o de portera. Eso desmoraliza», explica la bloguera.

Para los niños, encajar es importante. «Los padres y los colegios tienen la importante labor de transmitir a los niños que, cuando se está jugando, se está jugando, no compitiendo en la final de la Champions ni siendo Cristiano Ronaldo, y que todo el que quiera jugar es bienvenido, se le dé bien o mal. La cosa es divertirse».

«Siempre me han dolido esos niños a los que no les gustaba el fútbol. Los demás los trataban de raros, de tarados –lamenta el profesor Víctor Mazón–. La competitividad es parte del ser humano, pero hay que educarla. Y el juego es una herramienta».

La hegemonía del fútbol margina a las niñas, a los alumnos más jóvenes y a los discapacitados

una tercera de contacto con la naturaleza, que puede incluir pequeños huertos, plantas ornamentales y algunos animales.

Casi en la misma época en que las sociólogas catalanas iniciaban su pequeña revolución, a 700 kilómetros de distancia, el profesor de Educación Física Víctor Mazón llegó al colegio Marqués de Valdecilla de Solares (Cantabria), donde los docentes mayores aún se sumaban a los juegos del recreo. «Yo soy un maestro a la antigua», señala Mazón, ya jubilado, que sin embargo es creador de un innovador programa para convertir la media hora de pausa entre clases en un tiempo educativo.

¿Es malo el fútbol para los niños? Por sí mismo, no. Pero su lugar simbólico en nuestro mundo, el fabuloso negocio que genera y la irracional mitificación de sus estrellas lo convierten en un foco de conflictos. Mu-

tradicionales. «A los niños se les estimula desde muy pequeños para asumir el protagonismo, imponerse, pelear, ser fuertes y aventureros; en las niñas se valora que sean monas, tranquilas, amables y cariñosas, y que estén pendientes de las necesidades de los demás. A ellos se les regalan más bicicletas, pistolas o balones, juguetes para estimular la acción y el movimiento; a ellas, muñecas y

cocinas para que aprendan a cuidar de otros», explica Subirats.

Educar la mirada de alumnos y docentes fue clave. «Cuando veían los vídeos que habíamos grabado, muchas niñas y algunos niños saltaban: ¡No hay derecho!», recuerda Tomé.

Coinciden en que la solución no es prohibir. Tampoco obligar a que los partidos sean mixtos desde ya. «Si ellas no saben jugar, les

dan una paliza. Hay toda una metodología para favorecer su incorporación», subraya. El objetivo es combinar actividades y reivindicar los juegos típicos de las niñas: «Que las chicas jueguen al fútbol es solo la mitad del trayecto».

Subirats y Tomé plasmaron sus experiencias en el libro 'Balones fuera' (ed. Octaedro, 2007) –«En aquel momento pasó desapercibido; era predicar en el desierto»– y

ahora, desde la asociación CoeducAcció que fundaron con otras investigadoras, colaboran con arquitectas en el rediseño de patios que favorezcan la diversidad. La apuesta de futuro es un patio «tridimensional», explica Tomé, con zonas bien diferenciadas: una dedicada al juego motriz, donde se promueve la actividad física; otra de «calma y tranquilidad» para juegos reposados o para hablar; y





FUERA DE JUEGO

¡Será por actividades!

En su libro 'Los recreos divertidos' (ed. Miño y Dávila, 2011) Víctor Mazón, Manuel García y David Torres proponían decenas de juegos alternativos. Activos, como balontiro, pasacalles, soka-

tira, comba, escondite, policías y ladrones, pañuelo, carreras, relevos, saltos o ping pong. De equilibrio y habilidad, como los zancos, el aro, los bolos, la petanca, el diábolo o las sillas. Musicales son el corro, la goma y el pase-misí. Y más tranquilos, tabas, chapas, canicas, peonzas, tres en raya o rayuela.

256

centros escolares de primaria y secundaria obligatoria, públicos y concertados, se han adherido al 'Plan para la coeducación y la prevención de la violencia de género en el sistema educativo' del Gobierno vasco, que comenzó a aplicarse en el curso 2013/14.

Muchos balones, poco verde

El plan vasco constata que la distribución de las zonas de recreo es sexista y reconoce «el desequilibrio existente entre los medios y recursos dedicados en los centros escolares a los equipamientos para el fútbol en relación a los que se destinan a espacios naturales, jardines o lugares

para la realización de otras actividades de intercambio y juego». Cada centro tiene autonomía para decidir sobre qué aspectos trabaja para combatir la desigualdad, sean cambios en el currículo para visibilizar las aportaciones femeninas, sea la reorganización del uso o el rediseño del patio escolar.

➤ chos chavales no juegan relajados: están sometidos a una fortísima presión para convertirse en Messi o Ronaldo; el rival es el enemigo. Eso genera «comportamientos agresivos, mucha competitividad, exaltación de los mejor dotados, mucho individualismo, escasa valoración del compañero, nula creatividad y mucho sexismo», recuerda el maestro cántabro. Manuel García Guerra, junto al que escribió el libro 'Los recreos divertidos', lo corrobora: «Como profesor de Educación Física, quiero que hagan ejercicio, pero estoy en contra de lo que rodea al fútbol. En todos los deportes hay competición, pero en un partido de baloncesto o de tenis el ambiente es más sano».

– **¿No teme que, al limitar la práctica del fútbol, los escolares hagan menos deporte, en un país con tantos niños obesos?**

– Para nada. Los juegos propuestos



Juegos para todos. La convivencia ha mejorado en la escuela Dunboa de Irún (Gipuzkoa) desde que se aplica el plan de coeducación y los niños y niñas comparten juegos en el patio de recreo. :: F. DE LA HERA

en su mayoría son activos. Justo lo que se pretende es que los recreos sean activos para la mayoría, no solo para los que juegan al fútbol.

Cada uno en su colegio, estos dos maestros de generaciones distintas aplicaron su propio 'librillo'. El profesorado, en vez de 'vigilar' el patio, se implica activamente en la gestión del recreo, con ayuda de los alumnos mayores. Cada semana se propone una actividad alternativa y se anima a todos a aprender su práctica. Hay más de treinta, desde el corro y la goma hasta la sokatira o los zancos, pasando por juegos tradicionales como las canicas o las tabas.

García Guerra comenzó a desarrollar el programa hace ocho años en el colegio Francisco de Quevedo de Villasevil de Toranzo (Cantabria), que tiene la fortuna de contar como patio con «una pista de fútbol y un bosque». Todo es voluntario, pero en algunas acti-

Algo más que porterías

Las arquitectas se unen a la batalla contra los patios «fútbolcéntricos». La zona de juego debería ser flexible y multifuncional

Marina Subirats
Socióloga

«A los niños se les estimula para ser activos e imponerse. A las niñas, para ser monas y cuidar»

Amparo Tomé
Socióloga

«El patio debería tener tres zonas: de movimiento, de calma y de contacto con la naturaleza»

Vicente Mazón
Maestro de Educación Física

«El fútbol genera conflictos, individualismo y sexismo»

Manuel García Guerra
Maestro de Educación Física

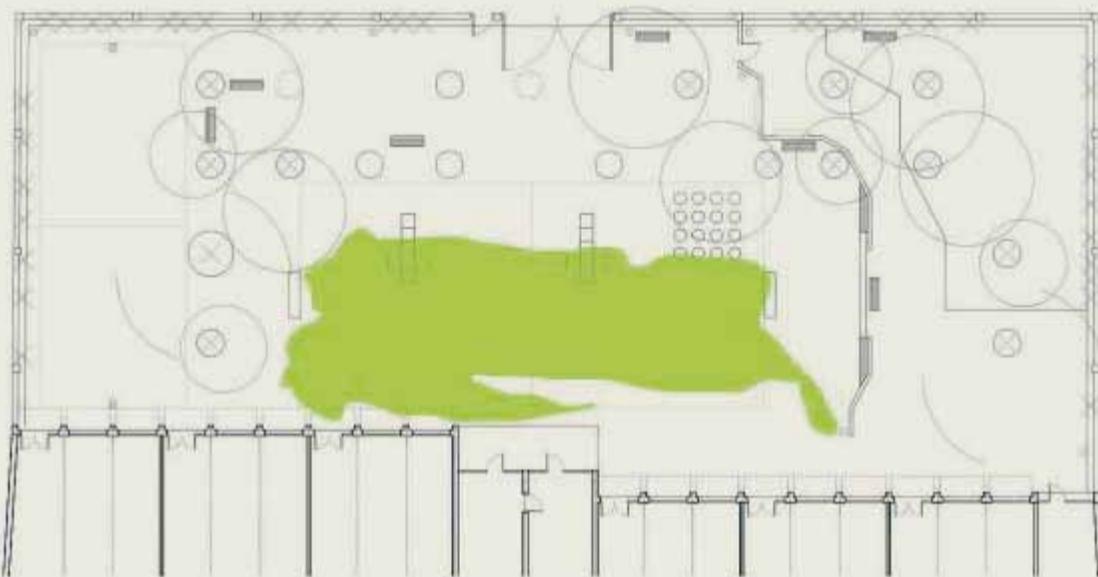
«Las actividades alternativas implican que la mayoría hace ejercicio físico»



TRANQUILIDAD

Niñas al margen

Las arquitectas de Equal Saree, autoras de la guía 'El patio de la escuela en igualdad', analizaron el área de ocupación de diferentes actividades en un patio donde ya no se juega a la pelota. La actividad más tranquila, como saltar a la cuerda o jugar a la rayuela, suele evitar el centro.



MOVIMIENTO

Niños al centro

Los niños ocupan la pista con actividades motrices de alta intensidad, como carreras. «El patio es donde más se visibilizan las desigualdades de género, ya que el profesorado acostumbra a intervenir menos que en las aulas y las normas son menos rígidas», explica Dafne Saldaña.

vidades ha alcanzado el 100% de seguimiento. «No se trata de imponer, sino de facilitar», concluye este joven maestro, que dejó de aplicar el programa hace un par de años porque «ya no hace falta».

En los últimos años, escuelas, ayuntamientos y alguna comunidad autónoma han iniciado cambios con el objetivo de meterle un gol a la desigualdad. Algunos centros han declarado un par de días a la semana 'jornadas sin balón'. Otros van más lejos. Uno de los programas más ambiciosos es el del Gobierno Vasco, que implica a 256 centros educativos.

¿Y qué pasa cuando se acaba el partido? Amparo Tomé asegura que el cambio es espectacular: los chavales empiezan a conocerse unos a otros, caen estereotipos, mejora la integración de todos los alumnos y se establecen relaciones más fluidas entre niños y niñas. Todos ganan.

Algunos centros educativos disponen de instalaciones de recreo lo bastante amplias como para que el fútbol no impida que todo el alumnado disfrute de ese rato de juego a su manera. En muchos otros, en cambio, el espacio —una pista de cemento con dos porterías— condiciona por completo las actividades de sus ocupantes. Por eso, algunos colegios van más allá de modificar la organización del juego y apuestan por reinventar físicamente el lugar. La asociación CoeducAcció colabora con varios estudios de arquitectura en el diagnóstico y rediseño de esas zonas escolares: hace unos años comenzó a trabajar en un proyecto para más de cien colegios con la Consejería de Educación de Asturias, pero el proyecto quedó a medias con un cambio en el gobierno. Ahora se encuentra inmersa en la transformación de

los patios de dos escuelas catalanas, Dovella de Barcelona y Lluís Vives de Castelfelers. «Buscamos una solución equilibrada para responder a todas las necesidades», explica la psicóloga e investigadora Alba González. De ahí la idea de los patios en tres zonas —movimiento, tranquilidad y naturaleza— y la importancia de que el espacio sea multifuncional: «Si instalas un tobogán, los niños se deslizan, y si pones un rockódromo, escalan. No podemos poner un campo o un bosque, donde el juego es abierto, pero sí puede haber troncos, cuerdas, desniveles o montañas de arena».

El colectivo de arquitectas Equal Saree, que trabaja en el rediseño de cinco patios escolares en colaboración con el Ayuntamiento de Santa Coloma de Gramanet, también insiste en esta idea. «La mayoría de los patios son 'fútbolcéntricos': una pista

con dos porterías, a veces también canastas. Para dar cabida a actividades distintas, debe ser flexible, no identificado con actividades específicas», explica Dafne Saldaña.

En todo caso, coinciden, es fundamental la participación de toda la comunidad escolar y, especialmente, que los propios niños y niñas aporten ideas sobre qué va mal en su patio y cómo les gustaría que fuera. En general, los chavales son los que menos pegas ponen a decir adiós al balón si tienen alternativas atractivas. «Los

niños están felices», subraya Vicente Mazón. En cambio, algunos maestros se resisten al cambio, porque implicarse activamente en el recreo da más trabajo que turnarse para 'vigilarlo'.

Amparo Tomé también apunta a las familias: «Algunos padres y madres son sexistas: si su niño se lo pasa bien con el fútbol, ¡que se fastidien los demás!».

Y, claro, está la reacción bronca y agresiva de las redes sociales, con ese lanzamiento virtual de monedas, botellas y bengalas sobre Melani Penna por proponer públicamente un patio sin fútbol. «En el ámbito de la educación, que es donde yo me muevo, se está generando un debate muy interesante —sostiene la profesora de la Facultad de Educación de la Complutense—. Al principio, las cosas que nos parecen novedosas nos asustan. Y hay gente que, cuando se asusta, se enfada».

Las zonas de juego deben ser flexibles, para poder acoger actividades diversas